

dudar que aquellos dos soldados eran sus hijos, ni que el general fuese su marido. Con este pensamiento suplicó Teopista á los oficiales que le facilitasen una audiencia del general, á quien tenia que pedir cierta gracia. Pusiéronla en su presencia, y con las lágrimas en los ojos, dijo: *Compadeceos, señor, de una mujer afligida. Yo soy una noble matrona romana, que por una tristísima aventura habrá como diez y seis años perdí en un mismo día á mi dulce esposo y á mis dos queridos hijos, sin que en todo este tiempo haya podido adquirir la menor noticia de los hijos ni del padre. Permitid, señor, que se hagan algunas diligencias en el ejército por si acaso tomaron partido en las tropas: el uno se llama Agapito y el otro Teopisto, siendo el mayor de veinte y dos años, y el menor de veinte y uno.*

Mientras hablaba Teopista, Eustaquio la consideraba atentamente, sintiendo en su corazón, y reconociendo por sus mismos ojos que era su mujer la que hablaba; pero interrumpiéndola un poco, la preguntó: *¿Con qué ocasion ó por qué extraño acaecimiento perdisteis á vuestro esposo y á vuestros hijos?* Refirió entonces Teopista, deshaciéndose en lágrimas, su violento rapto por el patron sobre las costas de Africa, y todo lo que despues habia sucedido. No pudiendo ya dudar nuestro Santo por la individual relacion de todas las circunstancias que el cielo le habia restituido á su querida esposa, hizo venir á su tienda á los dos hijos, y señalando á Teopista, los dijo: *Ahí teneis, hijos míos, á vuestra madre; y á ésta, abrazándola tiernamente: Aquí tienes, amada compañera mia, á tu fiel esposo Eustaquio: rindamos todos gracias al Señor por un suceso tan maravilloso.* Llenos de admiracion, de reconocimiento y de gozo, rindieron gracias á Dios por un milagro tan claro y tan ilustre de la divina Providencia; y concluida la oracion, se contaron el uno al otro toda la historia de tantos sucesos igualmente extraordinarios que portentosos. Celebráronse por muchos dias en todo el ejército con grandes regocijos; y en fin, adelantándose Eustaquio, Teopista y sus hijos, marcharon á Roma, donde el emperador Adriano, sucesor de Trajano, habia llamado al general para decretarle los honores del triunfo. Fué recibido con toda la estimacion y con todo el reconocimiento que merecia el importante servicio que acababa de hacer al imperio; y concluidas las fiestas públicas, mandó el emperador que se hiciese un solemne sacrificio á los dioses en accion de gracias por aquella gran victoria. No pareció en él Eustaquio; y habiéndole llamado el emperador, declaró que era cristiano, y que no debía dar gracias á otro que al verdadero Dios, á quien solo era deudor de aquel dichoso suceso.

Era Adriano uno de los mas crueles enemigos del nombre cristiano, y furiosamente irritado con esta respuesta, da orden para que al punto sea despojado de todas las insignias de la dignidad, y sea conducido á la cárcel con su mujer y sus dos hijos. Conmovióse toda la ciudad de Roma; y toda ella se empeñó en persuadir á Eustaquio que renunciase su religion, y hasta el mismo emperador no perdonó á promesas ni á amenazas para pervertirle. Su constancia en la fe apuró toda la barbaridad del tirano. Viendo que ni aun le podia hacer titubear, le condenó á ser arrojado á las fieras con sus dos hijos y con su mujer. No hubo en el mundo alegría mas pura ni menos reprimida que la que causó á los Santos aquella cruel sentencia. Vió Roma caminar en camisa, cargado de prisiones, y entrar en la arena para ser despedazado de las fieras con su mujer y sus dos hijos, al mismo que dos dias antes habia visto lucir por sus calles en el carro triunfal seguido de las aclamaciones y de los vivas de toda la ciudad. El gozo que rebosaban sus semblantes mostraba bien que apreciaban mas el honor de morir por Jesucristo, que el de entrar triunfantes en la capital del imperio. Soltaron contra ellos algunos leones hambrientos y furiosos, que corrieron veloces á los Santos; ¿mas para qué? Para arrojarse á sus pies, para lamérselos, y para halagarlos blandamente con las colas. Asombró este milagro á todos los asistentes: solo el emperador entró en mayor furor; y como era naturalmente cruel, resolvió atemorizar á todos los cristianos con un ejemplar de crueldad, que hasta entonces no habia tenido semejante. Habia en Roma un toro de bronce de enorme corpulencia; y mandando meter á los santos mártires dentro de aquella espantosa máquina, dió orden que se encendiese sobre ella un voracísimo fuego, en cuyo tormento acabaron su vida nuestros Santos por un glorioso martirio el dia 20 de setiembre del año de 130, en cuyo dia celebra la Iglesia su fiesta con solemnidad. Hay en Roma un magnifico templo en honor de S. Eustaquio y de sus compañeros, y la mayor parroquia de París está dedicada á su nombre. Parte de sus reliquias, traídas por el abad Sugerio, se veneran en el real monasterio de S. Dionisio, y otra porcion de ellas se guarda en la parroquia de S. Eustaquio.

SAN AGAPITO, PAPA Y CONFESOR.

SAN Agapito fué natural de Roma, y recibido en el clero desempeñó las obligaciones inferiores del ministerio en las iglesias de S. Juan y de S. Pablo. Su grande santidad le recomendó

al amor y estimacion de cuantos le conocian, y muerto el papa Juan II en 26 de abril de 535, Agapito, que á la sazón era arcediano, fué electo para ocupar aquella silla, y consagrado en el 4 de mayo. Con la dulzura curó las heridas que habian hecho las disensiones y el desgraciado cisma de Dioscoro contra Bonifacio II en el año de 529. Noticioso de su eleccion el emperador Justiniano le envió una profesion de su fe, que el santo papa recibió como ortodoxa, y en cumplimiento de sus solicitudes, condenó á los monges Acemetas de Constantinopla, que estaban infectados de la herejía nestoriana. Habiendo sido depuesto Hilderico, rey de los vándalos en Africa, por Gilimerico, Justiniano se valió de aquella ocasion para romper la alianza que el emperador Zenon habia hecho con Genserico, y en el año de 533, el séptimo de su reinado, envió á Belisario con una armada de quinientas velas al Africa. Aquel experimentado general hizo con mucha facilidad la conquista de aquel país, y tomó á Cartago casi sin oposicion. Justiniano envió á las iglesias de Jerusalem los vasos del antiguo templo judaico, que Tito habia llevado en su tiempo á Roma, y que de aquí habia conducido á Cartago Genserico. Despues de haber restablecido el gobierno temporal del Africa, restituyó el emperador sus iglesias á los católicos, y los obispos del Africa escribieron al papa, suplicándole que todos aquellos obispos arrianos que se habian vuelto á la fe católica pudiesen retener sus sillas. Agapito respondió que en este punto no podia proceder contra los cánones, y que los obispos arrianos debian quedar satisfechos y contentos con haber sido admitidos en la Iglesia católica, sin pretender además de esto volverse á introducir entre el clero ni retener dignidad eclesiástica. Habiendo el emperador erigido la ciudad de Justiniana, cerca del lugar de su nacimiento, suplicó al papa que hiciese vicario suyo en Ilirico al nuevo obispo de esta silla.

Entre tanto como Teodato, rey de los godos de Italia, llegase á entender que Justiniano hacia grandes preparativos para una expedicion contra aquel reino con ánimo de recobrarlo, obligó al papa Agapito á hacer un viaje á Constantinopla para disuadirle de semejante proyecto. Al mismo tiempo los abades de Constantinopla escribieron al papa noticiándole los desórdenes y riesgos en que habian incurrido en aquella Iglesia. Muerto Epifanio patriarca de aquella ciudad en el año de 535, fué llamado á aquella silla Antimo, obispo de Trebisonda, por intrigas de la emperatriz Teodora. El era tenido por católico, pero en realidad era enemigo solapado del concilio Calcedonense, como la emperatriz misma. La promocion de Antimo á Constantinopla animó

tanto á los acéfalos, que Severo, falso patriarca de Antioquia, y otros principales de la secta, marcharon inmediatamente á ella, y llenaron de confusion aquella Iglesia. Agapito respondió á aquellos abades, que él mismo iba en persona á Constantinopla, donde podian esperar su llegada. S. Gregorio el Magno cuenta, que este buen papa en su jornada al Oriente curó á un hombre tullido y mudo diciendo una misa por él. S. Agapito pues llegó á Constantinopla en el día 2 de febrero del año de 536, y fué recibido con respeto por el emperador. El papa habló al príncipe y le instó mucho acerca del negocio que allí le habia llevado; pero habia ya Justiniano procedido muy adelante para que fuese fácil volverse atrás del proyecto contra Italia; por lo cual principió S. Agapito á tratar de los asuntos religiosos. Rehusó absolutamente admitir á Antimo á su comunión, como no suscribiese públicamente al concilio Calcedonense, y que no permitiese de modo alguno su traslacion á la silla de Constantinopla. La emperatriz interpuso todo su poder y todos sus artificios para ganar este punto: el emperador tambien se lo suplicó con promesas y quiso luego exigirlo con amenazas; mas el papa se mantuvo inflexible, y al fin Antimo tuvo que volverse á Trebisonda temiendo ser compelido á recibir el concilio de Calcedonia. Sin embargo el papa le declaró escomulgado si no se declaraba católico por medio de la suscripcion á aquel sínodo, cuya firmeza trajo sobre el santo pontífice todo el furor del partido eutiquiano y de la emperatriz. Su constancia no obstante inutilizó sus esfuerzos, y Mennas, sugeto tan recomendable por su sabiduría como por su piedad, fué elegido patriarca de Constantinopla, y consagrado tal por el papa. Pusieronse en manos de S. Agapito varias solicitudes relativas á quejas y acusaciones de crímenes y herejías que se imputaban á Severo, y algunos otros obispos del partido de los acéfalos, las que preparaba el papa para ser examinadas en un concilio á tiempo que cayó enfermo y murió en Constantinopla en 17 de abril del año de 536. Su cuerpo fué trasladado á Roma y sepultado en la iglesia de S. Pedro en el Vaticano en 20 de setiembre del mismo año, día que la Iglesia de Occidente consagró su memoria. Los griegos hacen conmemoracion de él en el día de su muerte. S. Agapito brilló con todas las virtudes, principalmente en el amor á los pobres, pues refiere su historia que fué preciso empeñar los vasos sagrados de la iglesia de S. Pedro, para atender á los gastos de su viaje á Constantinopla.

La oracion de la misa de este dia es la siguiente:

O Dios, que nos haces la gracia de que celebremos la fiesta de tus santos mártires Eustaquio y sus compañeros; concédenos que logremos la dicha de gozar con ellos la alegría y la felicidad eterna. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría.

Los justos vivirán perpetuamente; su premio está en el Señor, y su contemplacion en el Altísimo. Por tanto, recibirán el reino de la belleza, y la diadema de la hermosura de mano del Señor; porque su diestra les cubrirá y defende-

rá con su santo brazo. El (Señor) tomará la armadura de su zelo, armará la criatura para vengarse de los enemigos: vestirá en lugar de cota la justicia; tomará por yelmo el juicio acertado; y por escudo inespugnable la equidad.

REFLEXIONES.

Los justos vivirán eternamente. Asombro es hasta donde se estienden las miras de la ambicion. No hay cosa que ponga límites, ni á los deseos, ni á los orgullosos proyectos de un corazon ambicioso. Cuanto mas se eleva, mas inquieto está; siempre descontento con su empleo mientras vea otro mas elevado. El hambre de la gloria crece mas cuanto mas se sacia. Es la ambicion una enfermedad, en la cual cuanto mas se bebe mas sed se padece. ¿Qué no hace un ambicioso para immortalizarse! No hay trabajo que no devore, no hay dificultad que le acobarde, que no intente superar para conseguir sus ideas, para llegar á sus fines. Trabajos insoportables en la guerra, artificios, lisonjas, bajezas en la corte, deudas que esceden á las rentas, gastos que hacen insolubles las deudas, á nada se perdona, en nada se repara, en nada se tropieza para adquirir nombre, para sobresalir entre los iguales, y para elevarse sobre los que están mas altos. ¿Logróse algun empleo? Inmediatamente se procura añadirle esplendor, aumentarle estimacion, y dar á la persona algun relieve con la magnificencia del tren, y con el inmenso gasto de una mesa espléndida. ¿Consignióse alguna primera dignidad en una iglesia? Se juzgaria abatir el beneficio y la dignidad si no se empeñase en gastos muy superiores á la renta. Luego se piensa en brillar en muebles, en equipaje, en todo menos en virtu-

des y en buenas obras. ¿Pero quién pagará? Esto es lo que de ordinario inquieta y embaraza poco al ambicioso: todo su cuidado es encontrar con algunos hombres simples que sean el juguete de su ambicion. El gran móvil de una conducta tan poco cristiana es el amor de la gloria. Amase la gloria, búscase la gloria; ¿pero cuándo se la buscará donde verdaderamente se halla? ¿cuándo se dejará de buscarla y de cansarse vanamente en descubrirla donde realmente no está, ni donde jamás se la encontrará? Todo aquello que desaparece cuando se acerca la muerte: todo aquello que se desvanece en el sepulcro: todo aquello que solo deja un eterno dolor y un amargo arrepentimiento, es ciertamente bien frivolo y bien vano. Corazones ambiciosos, ¿queréis immortalizaros? Pues acabad ya de entender que solamente los justos viven eternamente. Revolved enhorabuena esos sepulcros de los grandes: si no fueron santos, solo encontraréis en ellos un puñado de polvo hediondo que causa horror. Solamente las reliquias se hacen respetables. ¿Qué gloria es la que resta á los que ocupan mucho lugar en la historia si no fueron santos? ¿qué gloria es la de aquellos fastuosos y magníficos eclesiásticos, cuya memoria están maldiciendo los acreedores despues de su muerte? ¡Buen Dios, y qué gloria seria ahora la suya si hubieran muerto pobres por haber enriquecido á muchos miserables! Seria su memoria en bendicion por los siglos de los siglos. Señor, ¿cuándo ha de llegar el caso de que una verdad que hace fuerza á todo hombre cristiano y medianamente racional, haga impresion en un corazon y en un ánimo cristiano?

El Evangelio es del cap. 6 de S. Lucas.

En aquel tiempo: Bajando y curaba á todos. Y él levantando los ojos hácia sus discipulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios: Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque sereis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reireis. Sereis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren, y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo

del hombre. Gozaos en aquel recompensa es grande en el día y alegraos, porque vuestra cielo.

MEDITACION.

Qué opuestas son las máximas de Cristo á las máximas del mundo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay cosa mas opuesta, no la hay mas contraria que las máximas de Cristo y las máximas del mundo. Es necesidad, es locura pretender acordarlas.

El mundo coloca toda la felicidad en la alegría y en la abundancia. Esta es la idea que se forma de un hombre feliz. Cristo juzga todo lo contrario: segun su doctrina se debe preferir la pobreza á la abundancia mas deliciosa. Es aquélla un título que nos da derecho al reino de los cielos, y la hartura de los bienaventurados en la gloria es fruto de la necesidad que padecieron en la tierra. La única causa que parece señala Jesucristo de aquel torrente de gozo en que están inundados los escogidos, son las lágrimas que derramaron en esta vida. *Bienaventurados los que ahora llorais, porque en algun tiempo os reireis.* ¿Acomódase el mundo con esta máxima? y porque el mundo no se acomode con ella, ¿dejará por eso de ser máxima de Jesucristo?

El espíritu del mundo quiere que sea especie de mérito y de honor el ser bien admitido en todas las compañías. A este fin es el vestirse, el componerse, el afectar modales airosos, gratos, risueños, agradables, haciéndose todo á todos; ¡y qué dolor, buen Dios, para una persona cuando conoce que no es del gusto de los mundanos!

Todo esto lo reprueba Jesucristo: *Sereis bienaventurados, nos dice, cuando por mi amor os aborrecieren los hombres.* El mundo os enseña que para ser dichosos en él, es menester agradarle; y yo os digo, que no sereis dichosos en el mundo sino cuando por amor de mí le desagradareis á él; antes bien no es posible agradarle á él sin desagradarme á mí: ahora escoged entre estos dos partidos. ¡Ah, buen Dios, y qué pocos hay que siquiera deliberen! Casi siempre se lleva el mundo la preferencia. Y si no, pregunto: ¿da mucho cuidado á los mundanos el no agradar mas que á Dios?

¡O mi dulce Jesús, y qué copioso manantial de dolor y de indignacion contra mí mismo me ofrecen estas reflexiones! ¡Cómo he podido yo componer seguir al mundo, y hacer profesion de creerlos! Suplicoos, Señor, que presteis alguna atencion á

mi dolor y á mi arrepentimiento, efecto de vuestra gracia y de vuestra misericordia.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no hay oposicion mas viva ni mas patente que la que se encuentra entre el espíritu del mundo y el espíritu de Cristo.

En el mundo se reputa por un estado muy digno de compasion el ser pobre, por infamia el ser maltratado, y por deshonor el ser la fábula de los mundanos y el objeto de sus burlas. ¡Qué mortificacion el ser escluido de sus diversiones, ó separado de sus festivas concurrencias! Esto es lo que se llama en el mundo adversidad, poca fortuna, desgracia. Pues oigamos ahora como se explica Jesucristo en este punto.

Vosotros, hijos míos, sereis bienaventurados y dichosos cuando no fuereis del gusto de los hombres del mundo: dichosos, cuando vuestra modestia, vuestro recogimiento y vuestro porte regular sea el asunto de sus burlas: dichosos, cuando los que viven segun el espíritu del mundo tengan lástima de vosotros: cuando oigan vuestro nombre con horror, cuando os escluyan de sus funciones y de sus concurrencias, cuando os cargaren de oprobios, entonces regocijaos mucho, dad grandes muestras de alegría, y teneos por los mas felices y los mas bien librados del mundo. Vamos claros: ¿dirige Jesucristo estos oráculos á todos los cristianos? ¿hemos creído hasta aquí, ó creemos ahora que hablan con todos estos oráculos de Jesucristo?

Noble y muy noble era S. Eustaquio: hizole el emperador general de sus ejércitos: llegó á ser su favorecido; pero era cristiano, y como tal nunca se tuvo por mas dichoso que cuando se vió despojado de todos sus bienes, privado de sus empleos, desgraciado y espuesto en fin al martirio por amor de Jesucristo. Estas fueron las máximas de los santos; nunca tuvieron otras: ¿corresponde nuestra conducta á estas máximas? Al considerar la de los santos y la nuestra, ¿se dirá que profesamos una misma religion? ¿pero podremos acaso esperar la misma recompensa?

No permitais, Señor, que algun dia me condenen estas mismas reflexiones que vos me inspirais para convertirme. Vuestras máximas son santas y verdaderas: yo os prometo no seguir jamás otras: ellas serán de aquí adelante la regla de mi conducta, como son el objeto de mi fe.

JACULATORIAS. — Si padeciereis algo por la justicia, sereis bienaventurados. (1. *Petr.* 3.)

¿Cómo se puede componer Jesucristo con Belial, ni la luz con las tinieblas? (2. Cor. 6.)

PROPOSITOS.

1 No te contentes con detestar las máximas del mundo: siempre se convierte el entendimiento primero que el corazón. Imponete una como ley, no solo de no defenderlas nunca en las conversaciones familiares, sino de renunciar efectivamente su práctica y su ejercicio. Para eso has de hacer una firme resolución de no concurrir jamás á aquellas diversiones profanas, de las cuales está siempre desterrado el espíritu del cristianismo: de no parecer jamás en espectáculos ni en bailes; y cuando la urbanidad ó la obligacion te precisen á dejarte ver en las funciones y concursos del mundo, estar y portarte en ellos como verdadero cristiano.

2 Todas las adversidades de la vida, y todos los contratiempos que suceden en el comercio del mundo, los has de mirar á la misma luz á que Jesucristo quiere que se miren, y no á otros visos, ni con diferentes colores. Si te contradicen, si te sientes ofendido ó maltratado, acude luego con la boca y con el corazón á este oráculo: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis.* (Rom. 8.) Ninguna proporción tienen con la gloria que nos espera en la otra vida las aflicciones que padecemos en esta. O aquellas otras admirables palabras del apóstol S. Pedro: *Si quid patimini propter justitiam, beati.* Son bienaventurados todos los que padecen algo por amor de Dios.

3 También es un ejercicio muy agradable al Señor decir alguna breve oracion, aunque no sea mas que un *Gloria Patri*, siempre que nos sucede algun trabajo ó alguna humillacion. En esos reveses de fortuna, en esos sucesos desgraciados, en esa degradacion ó despojo de tu empleo, en esa humillacion que te cogió tan de repente, di con el profeta: *Bonum mihi quia humiliasti me.* ¡O Señor, y qué dichoso soy en que me hayais mortificado, afligido y humillado! Este es el espíritu del cristianismo, este es el lenguaje que debe tener todo verdadero cristiano: nunca ha de gastar otro en las humillaciones y en los abatimientos. Pocos conocen lo mucho que estos valen. No hay atajo mas seguro ni mas breve; ninguno mas eficaz para ser santo.